

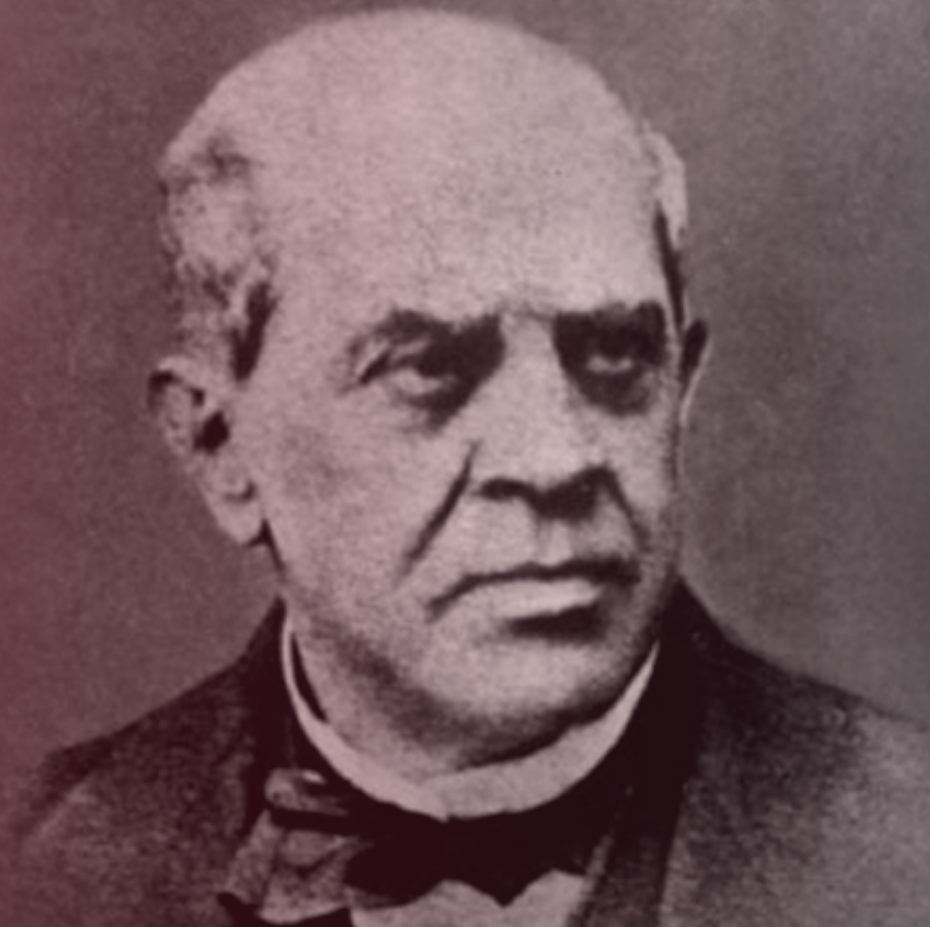


Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

BOLETÍN ONLINE

PDF descargable | www.anhistoria.org.ar

Año I, Nº 3 (Noviembre de 2012)



Temario
El Verdadero Retrato de Monteagudo
El Eros pedagógico de Sarmiento
Mesa redonda sobre "Centenario de la ley Sáenz Peña: Democracia y Reforma electoral en la Argentina"
Presentación del libro: "Porteños, Provincianos y Extranjeros en la Batalla de Tucumán"
Sesión Extraordinaria de la Academia en Salta
Agenda



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

El Verdadero Retrato de Monteagudo

Por el Académico de Número Dr. Carlos Páez de la Torre (h)*

Las cuestiones de iconografía histórica no son menores y, por lo tanto, conviene esclarecerlas en lo posible. Para esta ocasión, escogí el caso del rostro de Bernardo de Monteagudo que me parece especialmente interesante.

En 1880, cuando el historiador argentino Mariano Pelliza terminó de redactar los dos tomos del libro *Monteagudo, su vida y sus escritos*, se le presentó el problema de que carecía de un retrato del prócer tucumano, y que no tenía idea de que existiera alguno. El general Gerónimo Espejo, veterano del Ejército de los Andes, vino en su auxilio y le aseguró que Monteagudo era parecido al doctor Bernardo Vera y Pintado, juriconsulto y literato argentino de larga actuación en Chile.

En su libro *Monteagudo, el pasionario de la libertad* (1943), el doctor Estratón J. Lizondo, historiador tucumano, cuenta que existía un retrato de época de Vera y Pintado, obra de Desmadryl, publicado en 1854 en la Galería nacional o colección de biografías y retratos de hombres célebres de Chile. Pelliza acudió al dibujante Henri Stein, director del semanario satírico *El Mosquito*, y le pidió que "adaptara" esa imagen para lograr un rostro de Monteagudo, continuó relatando el disertante. Al observar la imagen, resulta evidente que Stein nose tomó demasiado trabajo en lograr un parecido.



Bernardo Vera y Pintado. Su retrato, dado la versión de que era parecido, llevó a inventar un rostro de Monteagudo.

Vera y Pintado era albino, de manera que reemplazó el pelo blanco por pelo negro, lo hizo un poco más abundante, conservando el flequillo y las mechitas de las sienas peinadas hacia delante, a la moda de la época. Los ojos claros –y famosamente

miopes- de Vera y Pintado, se reemplazaron por fulgurantes ojos negros tucumanos, aunque dejó la boca prácticamente igual. En cuanto a la vestimenta, mantuvo el cuello alto y la gran corbata blanca con dos vueltas de Vera y Pintado, pero abrió la chaqueta cerrada para que apareciera un chaleco. Además, decoró el cuello con entorchados, indicadores del rango ministerial. Y le agregó el brazo derecho, también con entorchados, sobre la manga que mostraba el puño de encaje de la camisa, más una pluma en la mano. Además, le colocó sobre el pecho la gran condecoración de la Orden del Sol.



Monteagudo, por Henri Stein. La imagen elaborada por el dibujante sobre la de Vera y Pintado, se divulgó extraordinariamente a pesa de ser apócrifa

Como la imagen apócrifa de Monteagudo que Stein había creado, llenaba el vacío existente en la iconografía argentina y americana, tuvo gran difusión y se reprodujo incesantemente desde entonces. Así fue que inundó los textos escolares y los artículos de diarios y revistas, y la utilizaron historiadores como Ricardo Levene y Ricardo Rojas –quien desconocía su grado de autenticidad-. Inclusive, el gobierno de Bolivia la reprodujo en estampillas postales emitidas en 1897.

De nada valdría, como lo consigna Lizondo, que Mariano Billinghurst, quien levantó en Lima el cadáver de Monteagudo asesinado, dijera rotundamente, al ver el dibujo de Stein, que "en nada se parecía al hombre que él había conocido". O que, en 1896, el historiador Gabriel René Moreno empezara a insistir en la denuncia del fraude, sin que Pelliza le



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

replicase. Correspondió al doctor Lizondo, en su citada biografía de 1943, editada en la imprenta La Raza, de Tucumán, dar a conocer por primera vez, el rostro auténtico de Monteagudo.

Fue él quien encontró, en la casa de su pariente, el destacado historiador doctor Manuel Lizondo Borda, miembro correspondiente de nuestra Academia, un retrato del prócer absolutamente desconocido hasta entonces.

Las referencias de Lizondo Borda, expresan que el mismo había sido confeccionado en Panamá por un "artista de renombre" –a quien no identifica– en agosto de 1822, con el modelo al frente. Posteriormente fue llevado a Lima, donde el pintor Noroña lo copió –y lo firmó y fechó por la copia– en 1876. Esta copia pasó por varias manos, hasta que la adquirió un militar peruano, el coronel Bernaldes, quien se la obsequió al doctor Lizondo Borda, en 1926. Finalmente, Lizondo hizo tomar una foto del cuadro y la publicó en su libro.



Auténtico Retrato. Bernardo Monteagudo, pintado tal cual era.

El prócer tiene un rostro moreno, característico de muchos hombres del norte. Se apoya en un mueble, ataviado de frac con chaleco negro y ancho moño, también negro, por sobre el cual asoman las puntas del cuello de la camisa. Esta es de pechera, con botón de oro y cruzada por una banda de dos franjas rojas y una blanca al centro. Sobre el pecho, luce dos hileras con siete medallas en total. Según Lizondo, son 'las condecoraciones guerreras de Carabobo, Cartagena y Bomboná, obsequiadas por las autoridades de Panamá'. Cubre su mano izquierda un guante blanco con encaje en el borde y aferra el correspondiente a la derecha.

Esta, con un grueso anillo de oro, se cierra sobre el borde de la solapa. Al cuello lleva una cadena con medalla: según Lizondo, contiene un retrato de hombre que, conjetura, puede ser de Bolívar o de su padre. Del bolsillo del chaleco pende la cadena del reloj. En la parte inferior derecha del óleo, se lee: Reproducido por V. S. Noroña. Lima en 1876. Señalaba Lizondo que el óleo, de 58 x 81 centímetros, se hallaba algo deteriorado, con parte del color desvaído y manchado por los sucesivos traslados.

El fotograbado que publicó Estratón J. Lizondo en su libro, tenía las inevitables deficiencias de los clichés de 1943 y de la impresión en blanco y negro de entonces pero, de todos modos, sacaba a la luz una efigie cuyo estilo revelaba contemporaneidad con el retratado y era, por cierto, muy diferente a la imagen inventada en 1880. Incluso, ese retrato sirvió de base para la excelente estatua en bronce de Monteagudo que se levanta al centro de la plaza de la ciudad de Sucre.

Sin embargo, atento a que los libros editados en provincia carecen de distribución y de propaganda, con escaso impacto en el gran público, el rostro apócrifo de Monteagudo se siguió publicando.

Lizondo –que era miembro de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán– publicó en 1997, un año antes de su fallecimiento, un artículo en el Suplemento Literario del diario La Gaceta titulado *Cuál es el verdadero retrato de Bernardo Monteagudo*, en el cual reiteraba sus argumentos de 1943 y volvía a mostrar el retrato. En esa época, la efigie ya no se encontraba en Tucumán. Habían fallecido tanto el doctor Lizondo Borda como su esposa y su único hijo, Manuel, se había llevado el óleo a los Estados Unidos, donde residía.

La toma en colores permite apreciar con nitidez el verdadero rostro del tucumano nacido hacia 1789 y asesinado en 1825 en Lima, luego de una brillante carrera de patriota revolucionario, valorada, como bien se sabe, por San Martín y por Bolívar.

Existen otros ejemplos de rostros que fueron inventados deliberadamente al no conocerse los auténticos. Tal es el caso de Bernabé Aráoz, pintado al pastel por Honorio Mossi, en 1926, sin fundamento alguno; el del congresal Pedro Miguel Aráoz, igualmente ideado de la nada, en 1944, por Lina Labourdette de Villarrubia Norry; y el de aquella imagen oficial del general Martín Guemes, con barba negra y uniforme con alamares, surgida de un invento del pintor Eduardo Schiaffino, ya que no existió una imagen de época del célebre caudillo que le sirviera de base.

Sería interesante que se generalizara la costumbre de difundir únicamente retratos auténticos de nuestras figuras del pasado y la de no publicar los que carezcan de ese requisito elemental.

**Palabras pronunciadas en la sesión privada de la Academia, del 10 de Abril de 2012.*



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

El Eros pedagógico de Sarmiento

Por el Académico de Número, Dr. Marcelo Montserrat

Durante estos últimos años ha ocurrido, entre nosotros, un enérgico rebrote de los estudios sarmientinos, expresado en obras de real mérito, tales como la preciosa edición crítica de los Viajes dirigida por Javier Fernández, el cautivante Sarmiento de Natalio R. Botana, el Sarmiento periodista de Diego Valenzuela y Mercedes Sanguinetti y Visiones de Sarmiento editado por Miguel Ángel De Marco y Javier Roberto González.

La compleja personalidad de ese ser **enorme y extraño**, como escribió Groussac, ha llevado a indagar –antes ya se lo había intentado– sobre las vicisitudes eróticas de Sarmiento. ¿Influencias de la historiografía de la **vie privé** o simple bagatela biográfica dócil a los estremecimientos del consmo? Mera trivialidad, en todo caso.



Retrato de Domingo Faustino Sarmiento. Óleo de Benjamin Franklin Rawson, 1845.

Sin embargo, lo banal puede ser portada entreabierta a una reflexión más honda y penetrante: ¿no hay en toda la existencia de Sarmiento una textura vital capaz de analizarle a partir de una erótica, del examen de una energía pulsional a la que solemos llamar –cuando se expresa en obras– con la palabra ambigua y sugestiva de **genio**?

¿No es un genio, acaso, aquel que se lanza sobre los límites, mejor, que los crea y se los impone, en una formidable interacción entre el deseo, la conciencia y el espesor del contexto social e histórico? Este me parece el significado profundo de aquella carta postrera escrita desde Asunción a Aurelia Vélez Sarfield, poco antes de morir: “Venga, juntemos nuestros desencantos para ver sonriendo pasar la vida, con su látigo cuando castiga, con sus laureles cuando apremia. ¿Qué? Es de reírsele en las barbas”.

Escrita en el borde mismo de la vida, **orgía perpetua** como decía Flaubert de la literatura pero, al revés de Sarmiento, para elevar el vivir a una intensidad dirimente, la carta representa –en el plano superior del genio– lo que Elliot Jaques ha llamado una creatividad **esculpida**, que se enfrenta con una serenidad que ha conocido el drama, a lo hecho y a lo mucho que el deseo propone aún pero que no se podrá realizar, y a la muerte, gran cinceladora.

Este genio, pues, volcado en buena medida a la construcción educativa de la república formalmente constituida en 1853, parece responder civilizatoriamente –no en el orden de las influencias modélicas personales, que enseguida precisaré– a la más honda tradición clásica. Jaeger lo ha expresado certeramente: “La concepción del **eros** como poder educativo que mantiene en cohesión todo el cosmos espiritual aparece como una revelación adecuada ante Sócrates, en quien esta fuerza vuelve a encarnar en toda su pureza”.

Hay que rastrear en plena adolescencia de Sarmiento algunas de las raíces de esta fuerza autoformativa. Él mismo se ha encargado de señalarlo con su transparente soberanía de estilo, al recordar sus lecturas de aquella época”. El segundo libro fue la **Vida de Franklin** y libro alguno me ha hecho más bien que éste. La vida de Franklin fue para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mme. Roland y tantos otros, ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podría un día llegar a formarme como él, ser **doctor ad honorem** como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americanas”.

El prototipo humano de la racionalidad de la ilustración aplicada –como lo ha mostrado Ralf Dahrendorf– ofrecía al joven Sarmiento un atrayente modelo de conducta para un universo racionalmente ordenado, una realidad esencialmente manipulable, tanto en el plano del cosmos natural, por medio de la ciencia aplicada, como en el del hombre y la sociedad, a través de la educación, y como cifra de todo ello, el paradigma político de quien de quien según Turgot había robado fáusticamente “al cielo el rayo y a los tiranos el cetro”, tal como Fragonard lo había representado en su grabado de **Franklin**.

Hemos perdido entre las especulaciones desoladoras de los planificadores educativos, aquel **eros** fundacional de la pedagogía argentina, aquel espíritu reformista de un hombre que creía que éramos un **pueblo viejo** por carecer de instrucción y ciencia.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Existen, para mirarnos de manera especular, dos testimonios franceses recientes, que delatan el **élan** poderoso de una transformación educativa. Es difícil hallar una expresión más sincera que la de Albert Camus en su libro inacabado El primer hombre: "Después venía la clase. Con el señor Bernard era siempre interesante por la sencilla razón de que él amaba apasionadamente su trabajo". Esto no ocurría en París sino en Argelia donde también había llegado el fervor personal y la voluntad democrática de la reforma educativa impulsada por la III República.

Hace muy poco, Pierre Vilar ha evocado, con la misma nostalgia, aquella institución extraordinariamente original que fue École Normal Supérieure, dirigida por hombres de la talla de Fustel de Coulanges y Louis Pasteur, y que diseñó una élite intelectual impar en la cultura francesa.

No hay que engañarse Nos ocupamos de Sarmiento porque nos preocupamos de nosotros mismos. Ni los atajos de los populismos espontaneístas ni las torpes dictaduras militares –ni, lo que es más grave, los intentos de los breves interludios democráticos-, han logrado emplazar a la educación pública argentina en un nivel de calidad y de expectativa como el de otrora. Puede acudirse a consolaciones diversas: por la masificación, por la crujiente economía, por las discontinuidades políticas, o por todas ellas juntas. Explicaciones de escorzo, fragmentarias, suenan



"Domingo Faustino Sarmiento", Óleo de Eugenia Sarmiento, 1900, Museo Histórico Sarmiento.

más bien a pre-texto que a interpretación auténtica del texto social. ¡Que escasa inteligencia hay en tantos intelectuales!, exclamaría otra vez Juan de Mairena.

En esta Argentina nuestra, sociedad inenarrable –como he escrito en otra parte-, el **eros** pedagógico, la fuerza interior que, como en Sarmiento, pueda levantar un entusiasmo que lamine tanta mediocridad, tanto engaño y tanta corrupción, ya no están. "No es ya tiempo. No es aún tiempo", diría Saramago.

Mesa redonda sobre "Centenario de la ley Sáenz Peña: Democracia y Reforma electoral en la Argentina"

El acto fue iniciado por las palabras del Presidente de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Miguel Ángel De Marco.

A continuación expusieron los doctores Hilda Sabato, Luciano de Privitello y Natalio Botana, y se desempeñó como moderador el doctor Eduardo Zimmermann.





Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Presentación del libro: *“Porteños, Provincianos y Extranjeros en la Batalla de Tucumán”*

Por el Académico de Número Dr. Carlos Páez de la Torre (h) y la Dra. Sara Peña de Bascary*

Con motivo del Bicentenario de la Batalla de Tucumán y la falta de publicaciones que la traten, con nuestra colega Sara Peña de Bascary –miembro de número de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán– resolvimos confeccionar un trabajo sobre ese acontecimiento. Para variar, quisimos ocuparnos de los hombres que actuaron, más que del hecho bélico en sí. El resultado fue este libro. Como lo subrayamos especialmente, es más de investigación y compilación que de autoría. Luego de proporcionar una breve descripción del contexto y preludios de la batalla, y de describir su trámite, procedemos a dar, por orden alfabético, las biografías (extraídas de obras de referencia) de los oficiales que participaron en el combate y que tuvieron la suerte de que alguien se ocupara de investigar sobre sus vidas. Suman en total ciento treinta y seis y quedan sesenta y dos sin datos.

Además de ocuparnos de estos oficiales, compilamos asimismo biografías de personajes que, si no pelearon directamente en Campo de las Carreras, se hallaban en Tucumán en ese momento y colaboraron documentalmente con Belgrano y con el Ejército.

Tenemos así las historias de treinta y siete sáltenos, veintiocho porteños, veinte tucumanos, trece jujeños, seis santiagueños, cinco cordobeses, dos bonaerenses, dos sanjuaninos, dos santafesinos, un riojana, un catamarqueño, siete altoperanos, cuatro españoles peninsulares, tres orientales, un chileno, un francés y un irlandés.

Como apéndice documental, agregamos las listas de revista del Ejército fechadas en 1813, y donde Belgrano puntualiza quiénes participaron en la batalla y hasta califica su valor; las listas de las milicias de Tucumán de 1811, las de Pardos y Morenos de 1812, la nómina de soldados y oficiales muertos y de prisioneros, y el parte de la acción del 24 de septiembre de 1812, entre otras piezas.

Se trata de material edito, pero en publicaciones aparecidas hace ya muchas décadas, y que por eso no son conocidas ni de fácil acceso más allá del ámbito de especialistas.

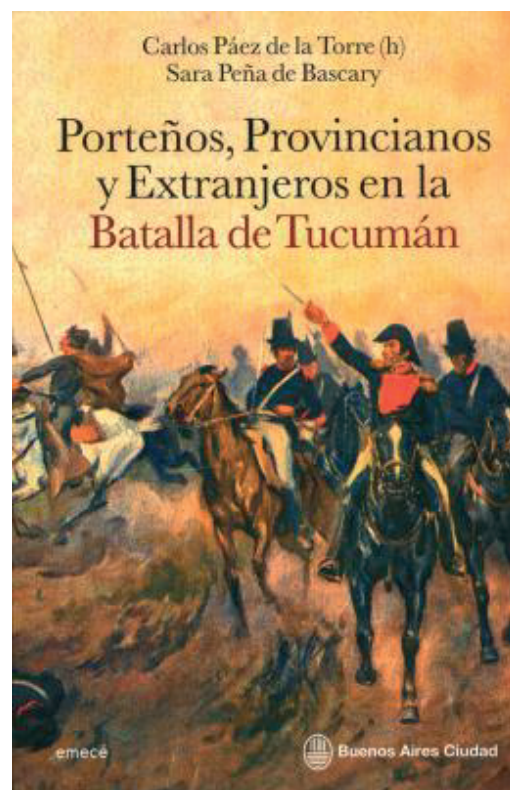
El trabajo se completa con la iconografía de los biografiados (en los casos que pudo conseguirse) y con un conjunto de imágenes de Belgrano y de objetos relacionados con su persona.

Este es el primero de los dos trabajos que es mi propósito dedicar a la Batalla del Campo de las Carreras de Tucumán. El segundo, que está ya casi concluido, consistirá también en una compilación. En ese caso, de testimonios de participantes en la

acción, de contemporáneos, de cronistas, de literatura y también de textos de la historiografía local y extranjera a su respecto.

Pudimos editar este tomo gracias al Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, apoyo generoso que quiero hacer constar especialmente. Según mis noticias, se trata del único libro de cierta envergadura que ha conmemorado este glorioso bicentenario. Fecha memorable que ha transcurrido –como ocurrió con el Éxodo Jujeño– sin acto alguno de celebración oficial nacional, salvo la declaración de feriado, y ante el silencio absoluto de la prensa metropolitana, que no ha considerado que la conmemoración merezca una línea en sus ediciones de ese día.

Si ha merecido, tristemente, el comentario burlón del más notorio conductor de entretenimiento de la televisión argentina, quien abusando de ignorancia –como diría Groussac– no ha hecho sino demostrarnos en que inmensa medida la población del país desconoce su historia.



*Palabras pronunciadas en la sesión privada de la Academia, del 9 de Octubre de 2012.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Sesión Extraordinaria de la Academia en Salta

La Academia Nacional de la Historia realizó el 26 de octubre una sesión extraordinaria en la ciudad de Salta, invitada por el Instituto de San Felipe y Santiago de Estudios Históricos que preside la miembro correspondiente en esa provincia doctora María Luisa Miller Astrada.

El acto tuvo lugar en el Consejo Profesional de Agrimensores, Ingenieros y Profesiones Afines de la Provincia de Salta, y fue presidido por el titular de la Academia, doctor Miguel Ángel De Marco, a quienes acompañaban el vicepresidente 1º, doctor Fernando Enrique Barba; el vicepresidente 2º, doctor Carlos Páez de la Torre (h); el tesorero académico, capitán de navío doctor Guillermo Oyarzábal; el licenciado Armando Raúl Bazán, el doctor Isidoro J. Ruiz Moreno y miembros correspondientes.



También estuvo presente la encargada de Publicaciones y Congresos, profesora María Sol Rubio García.

Se hallaban en la sesión representantes del gobernador de la provincia y del intendente municipal; el arzobispo de Salta, monseñor Mario Antonio Cargnello; los rectores de las Universidades Nacional y Católica; miembros de diversas instituciones y numeroso público, que colmó las instalaciones.

El doctor De Marco abrió la sesión y cedió la palabra al académico de número doctor Isidoro J. Ruiz Moreno, quien se refirió al tema: "La bandera y su trayectoria". Luego habló el académico de número, licenciado Armando Raúl Bazán, que se ocupó de

"Belgrano y los pueblos del norte". Posteriormente lo hizo el doctor Carlos Páez de la Torre sobre "Las dos grandes batallas del norte", y finalmente la



doctora Miller Astrada destacó las antiguas relaciones del Instituto y la Academia, desde que Ricardo Levene visitó Salta.

Con posterioridad se realizó un cóctel en el Club "20 de Febrero".

El día anterior, al llegar a Salta los miembros de la Academia, el Instituto de San Felipe y Santiago hizo oficiar una misa en memoria de "los vencedores y vencidos" de la batalla del 20 de febrero de 1813 en la capilla de San José, que estuvo a cargo del presbítero Federico Premoli, miembro de dicho instituto. Luego se desarrolló un acto en la biblioteca de la Cámara Federal de Salta, durante el cual se colocó un retrato del ilustre político y jurista Manuel Antonio Castro donado por la Academia. El doctor De Marco pronunció unas palabras evocativas de la personalidad del recordado, y agradeció el presidente del tribunal, doctor Renato Rabbi-Baldi Cabanillas, tras la lectura de la acordada por la que se acepta y agradece el obsequio.

En la mañana del 26 se cumplió una ceremonia en la Casona de Castañares, próxima al campo de batalla de Salta. Previa ejecución del Himno Nacional por la fanfarria del Regimiento 5 de Caballería "Infernales de Güemes", el intendente de la ciudad capital, don Miguel Isa, señaló: "Los grandes momentos de la historia necesitan de hombres





Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

capaces de llevar sobre sus hombros el peso de la responsabilidad, logrando elevarse por encima de las pasiones cotidianas". Y siguió: "Ese fue el caso de Manuel Belgrano, quien logró encontrar ese sentir común que nos hace hijos de una misma patria, capaces de superar las condiciones más adversas para construirnos el futuro que soñamos".

A su turno, el historiador salteño Miguel Ángel Cáseres reconoció la figura de Belgrano y de Martín Miguel de Güemes, al tiempo que señaló: "Este es un momento en donde los pueblos se están encontrando desde la inclusión y la igualdad". Y el presidente de la Academia destacó el papel de Salta a todo lo largo de la historia argentina.

El intendente hizo entrega a continuación a los académicos presentes, de copias del decreto por el que se los nombraba "personalidad destacada" de la ciudad.



Agenda de actividades

13 de Noviembre 2012 - Sesión pública especialmente convocada para la entrega de los "Premios Egresados" destinados a los alumnos recibidos con mayor promedio en las carreras de historia. También se entregarán los diplomas de reconocimiento por las donaciones recibidas. Se realizará en el recinto del Antiguo Congreso Nacional a las 18.30hs.

26 de Noviembre 2012 - Se realizará una Mesa de Debate sobre: "La historia religiosa del siglo XIX argentino. Homenaje a Américo Tonda". Disertarán: Valentina Ayrolo, sobre "Biografía y procesos históricos a través de las historias de vida de clérigos"; Ignacio Martínez, sobre "El ejercicio del patronato y las mutaciones de la soberanía en la Argentina confederada" y Roberto Di Stefano, sobre "La manzana de la discordia: los debates en torno al presupuesto de culto en el Estado de Buenos Aires (1853-1863)".

5 de Diciembre de 2012 - Presentación del libro "La vuelta de Obligado y la victoria de la campaña de Paraná" de los doctores Juan Peña y José Alonso, con prólogo del Académico de Número, Dr. Isidoro J. Ruiz Moreno.

Se ha convocado al Premio "Academia Nacional de la Historia: Obras Inéditas 2010-2012". La fecha límite para presentar los trabajos es el día jueves 28 de febrero de 2013. Para más información consultar nuestro sitio web: www.anhistoria.org.ar o escribirnos a eirisariel@anhistoria.org.ar.